

Elite Política

Tejido de Complicidades

POR LORENZO MEYER

SE dice que hace tiempo se tomó la decisión de dejar en paz a López Portillo por motivos de alta política: para que el sistema sobreviviera. El razonamiento no es claro. Parece olvidar que Cárdenas decidió poner a Calles frente a un juez antes de expulsarlo del país y que no por ello el sistema se vino abajo sino que se fortaleció. Claro, eran otros los tiempos, pero también eran otros los presidentes.

El tema de la responsabilidad individual es, a la vez, actual y tan añejo como la historia, y adquiere su significado más dramático cuando se trata de la responsabilidad de los que disponen del destino de los demás. Entre nosotros, ninguna institución es más fuerte ni tiene mayor peso colectivo que la Presidencia de la República. Es por ello que ningún otro cargo conlleva tanta responsabilidad como el de primer mandatario.

★

EN cierto sentido, los presidentes —como todos nosotros— son prisioneros de sus circunstancias. Heredan situaciones y compromisos que condicionan su actuación. Siempre hay intereses creados, inercias y, sobre todo, recursos escasos frente a demandas prácticamente ilimitadas. ¿Cómo ser democráticos cuando toda nuestra historia está en contra?, ¿cómo ser justos cuando la desigualdad está institucionalizada como en pocas partes?, ¿cómo ser generosos cuando

el subdesarrollo limita brutalmente lo posible frente a lo deseable?

Y sin embargo, mucho no está condicionado. Hay multitud de instancias en que la voluntad de quien tiene el poder es el elemento decisivo. Es aquí

donde podemos, y debemos, exigir la responsabilidad individual. Ninguna ley de la historia hizo inevitables los pasos que se dieron en las altas esferas de la política y que desembocaron en la crisis que hoy vivimos y que a casi todos nos ha despojado de una parte sustantiva de nuestro patrimonio e incluso de la confianza en nosotros mismos. El desastre económico que vivimos fue producto de circunstancias fuera de nuestro control pero también de decisiones erróneas: las políticas cambiaria o petrolera pudieron ser diferentes. Se pudieron haber tomado a tiempo decisiones que modificaran el sistema fiscal, etcétera. Quizá la crisis hubiera llegado de todas formas, pero no con la misma fuerza. Ni qué decir que el respeto a los derechos individuales, la selección de los colaboradores o la naturaleza de la política partidaria son campos en los que la voluntad presidencial es una de las influencias decisivas. Pero sin duda alguna es en el aspecto de la honestidad personal frente a los inmensos recursos que maneja el Estado donde con mayor facilidad se puede ejemplificar el papel de esa responsabilidad personal. Nada ni nadie obliga a un presidente a usar su puesto para acumular una riqueza personal y familiar fuera de toda proporción con las formas de vida predominantes del país que gobierna.

AHORA bien, si es verdad que el Presidente es el gran responsable de los aciertos y de los errores que se cometen en el ejercicio del poder durante su mandato, también es cierto que no es el único responsable. Sus secretarios de Estado o los gobernadores son, en sus áreas, hombres muy poderosos y que, en principio, pueden renunciar y denunciar los desatinos presidenciales cuando otras formas de persuasión hayan fallado. La lealtad última de un político no debe ser hacia el Presidente sino hacia la nación. Desgraciadamente, sólo la obediencia y el silencio permiten aspirar

SIGUE EN LA PAGINA OCHO

Elite Política

Sigue de la pagina siete

entre nosotros al éxito político. En este sentido, nuestro sistema es una gran tela de araña construida de complicidades.

La profundidad de la crisis que hoy vivimos ha obligado a romper un tanto la solidaridad de la clase política y denunciar al pasado inmediato. Se quiere hacer recaer en quienes manufacturaron la crisis

en el sexenio pasado la responsabilidad de las brutales medidas económicas que hoy se toman: férreo control de los salarios en medio de una inflación sin precedentes. Sin embargo, algo queda de la vieja solidaridad de grupo y no se llama a cuentas a quien la opinión pública demanda: a José López Portillo. Apparently sólo se cortarán las cabezas de algunas

figuras secundarias —Díaz Serrano, y sobre todo Durazo, que más parecen personajes de la picaresca que de la política— con la esperanza de que ello aplaque la honda indignación pública. No pueden exigir responsabilidad a quien más la tuvo porque, después de todo, quienes ahora gobiernan fueron parte de los arquitectos que dieron forma al pasado que ahora condenamos.